

Rogelio Rodríguez Muñoz
Universidad de Chile
Fac. de Ciencias Físicas y Matemáticas

PENSAMIENTO Y VIOLENCIA

Nota aclaratoria

Intento en este trabajo esclarecer las características de un pensamiento generador de violencia. Podría interpretarse, sin embargo, que me propongo afirmar que eso —un pensamiento con determinadas características— sea la causa única de la violencia. No es así, en absoluto. Desde que he comenzado a preocuparme del tema, sé que el estudio del fenómeno de la violencia introduce en un muy amplio ámbito de investigación, lleno de tesis y líneas de reflexión alternativas. He escrito ya sobre algunas de estas diferentes explicaciones que se dan respecto de las causas de la violencia (un instinto de agresión en la especie humana, ciertas condiciones culturales, o sociales, o educacionales, etc.), y puedo remitir, entonces, a quien se interese, a mi ensayo *El Tema de la Violencia: Preocupación Intelectual*, publicado por la Corporación de Promoción Universitaria en su serie Documentos de Trabajo, en octubre de 1978.

Aclaro, así, que en las páginas siguientes trato un asunto específico, acotado, de este enorme campo de investigación. Como tal, tiene sus limitaciones que soy el primero en reconocer.

Aprovecho también estas líneas para agradecer las observaciones, sugerencias y opiniones emitidas por algunos profesores del Departamento de Filosofía de la Universidad de Chile, luego de escuchar la lectura de este trabajo. Si bien no me hago cargo ahora de todas ellas, no faltará una próxima ocasión donde poder considerarlas.

En *El Hombre y la Gente*, de Ortega, encuentro una cita que me resulta interesante por la cercana relación que muestra con temas que últimamente me preocupan:

“Se trata de lo siguiente: Hablan los hombres hoy, a toda hora, de la ley y del derecho, del estado, de la nación y de lo internacional, de la opinión pública y del poder público, de la política buena y de la mala, de pacifismo y belicismo, de la patria y de la humani-

dad, de justicia e injusticia social, de colectivismo y capitalismo, de socialización y de liberalismo, de autoritarismo, de individuo y colectividad, etc. Y no solamente hablan en el periódico, en la tertulia, en el café, en la taberna, sino que, además de hablar, discuten. Y no sólo discuten sino que combaten por las cosas que esos vocablos designan. Y en el combate acontece que los hombres llegan a matarse los unos a los otros, a centenares, a miles, a millones”¹.

Poco más adelante de este párrafo, Ortega llama *ideas* a aquellas cuestiones que se discuten, por las que se mata y se muere. No se requiere forzar el texto para mostrar que apunta a un fenómeno interesante y dramático de nuestra época. El asunto es que, actualmente, las ideas han desbordado su papel de entidades cognoscitivas para llegar a relacionarse con la violencia. En efecto, el hombre no ejerce hoy la violencia desnudamente y en función sólo de la fuerza bruta y el poderío; lo hace ‘por razones’, ‘en nombre de ideas’. Jorge Millas lo expresa así:

“Porque hasta entonces la violencia pudo ser tratada en su carácter ya de componente natural de la vida; ya de mero residuo de una vida insuficientemente espiritualizada. Pero ahora se la consagra como un valor y hasta se le procura una metafísica”².

Millas sostiene que la violencia aparece hoy justificada (él dice ‘enmascarada’) por ideas o filosofías. Edison Otero, sin embargo, allega una tesis complementaria: así como a veces las ideas surgen detrás de los actos de violencia para justificarlos, en muchos otros casos los suscitan. Las ideas que se convierten en grandes ideologías, aquéllas dominadas fuertemente por la afectividad que constituyen prejuicios, esas ideas son causa desencadenadora de violencia: en su nombre, o a partir de ellas, se ataca, se reprime, se elimina. Examinando estos fenómenos, dice Otero que

“aquí el pensamiento no está meramente enmascarando a la violencia sino induciéndola; la violencia no se esconde, en este caso, tras el pensamiento sino que se desata a partir de él; tendríamos, así, ideas generadoras de agresividad”³.

¹ Ortega y Gasset: *El hombre y la Gente*. Revista de Occidente, Madrid, 1957, p. 31.

² Jorge Millas: “Las máscaras filosóficas de la violencia”, en *La violencia y*

sus máscaras. Ed. Aconcagua, Stgo., 1978, p. 10.

³ Edison Otero: “El tema de la violencia y sus implicaciones para la filosofía”, en *La violencia y sus máscaras*, p. 74.

Sea cual fuere la tesis que se maneje (las ideas como 'máscaras' de la violencia o como su 'gatillo disparador'), se tiene que reconocer que existe un fenómeno, la violencia, del cual en nuestra época el pensamiento se muestra responsable. Están los hombres realizando su existencia y, a la vez, sosteniendo determinadas ideas, varias de las cuales disfrazan o inducen desencuentros y hasta, comúnmente, acciones violentas entre ellos. ¿Qué extraño fenómeno liga el pensamiento a la agresión? Haciéndonos cargo de la tesis de Otero —la más crucial como preocupación inmediata de la Filosofía, puesto que las creaturas de la reflexión aparecen como generadoras de actos que nada tienen de 'espirituales'— surge la pregunta: ¿Cuál es la relación que hay entre un hombre y sus ideas, que pueden éstas motivarlo a la comisión de violencia?

En las líneas que siguen trataremos de develar las condiciones en que un pensamiento se convierte en *funcionario de la violencia*. Como aval de nuestras conclusiones traeremos los juicios de algunos pensadores contemporáneos.

Ortega, como otros autores de nuestro tiempo, sostiene que no hay un trato adecuado de los hombres con la razón, que yerran éstos el camino al *divinizar* el intelecto, al no comprender que el ejercicio intelectual no se tiene a sí mismo como fin, sino que tiende a regir el destino del hombre, su hacerse, la acción. La razón no es valiosa en sí misma, lo es en tanto proyecta la acción de las personas. Llega Ortega a hablar de la *fe en la inteligencia* que equivocadamente mantienen los hombres⁴. Pero, ¿por qué esta fe, por qué esta relación inadecuada del que piensa con las creaturas de su pensamiento? Veamos su planteamiento.

El autor español, en su obras, abunda en argumentos sobre lo perdido e inseguro que se encuentra el individuo en el mundo. La realidad, sostiene, no le es amistosa y éste anhela seguridad. Distinguiendo entre *ideas* y *creencias*, señala que estas últimas constituyen el estrato más profundo de nuestras vidas, que son el sostén del hombre, su apoyo originario en una realidad en la cual va haciendo su historia, fabricando su destino. Pero la circunstancia en que el hombre está inmerso es problemática y, de pronto, éste duda, siente que su base se resquebraja y se tambalea al borde del abismo. Ortega dice: falla la firmeza de su suelo, cae al vacío, siente que se anula su propia existencia. No se requieren, en verdad, muchas imágenes para captar lo angustioso de una situación en la que, cuál más cuál menos, todos nos hemos encontrado alguna vez: la duda ante

⁴ Ortega y Gasset: *Ideas y Creencias*. Revista de Occidente, Madrid, 1950.

lo que nos parecía firme, la trastocación de lo que nos parecía seguro en confusa perplejidad, el fallecimiento de la confianza, el caminar tanteando por la total ambigüedad.

“¿Qué haremos, pues, cuando lo que nos pasa es precisamente que no sabemos qué hacer porque el mundo —se entiende una porción de él— se nos presenta ambiguo? Con él no hay nada que hacer. Pero en tal situación es cuando el hombre ejercita un extraño hacer que casi no parece tal: el hombre se pone a pensar”⁵.

En la angustia ante la pérdida de la firmeza y la confianza, en plena caída en el vacío, el hombre echa mano del intelecto. Ante la duda y el enigma, echa a trabajar su razón, se pone a reflexionar. Ahora bien, ¿qué piensa?

“Los huecos de nuestras creencias son, pues, el lugar vital donde insertan su intervención las ideas. En ellas se trata siempre de sustituir el mundo inestable, ambiguo, de la duda por un mundo en que la ambigüedad desaparece. ¿Cómo se logra esto? Fantaseando, inventando mundos”⁶.

“A este primario y preintelectual enigma reacciona el hombre haciendo funcionar su aparato intelectual, que es, sobre todo, imaginación. Crea el mundo matemático, el mundo físico, el mundo religioso, moral, político y poético, que son efectivamente “mundos”, porque tienen figura y son un orden, un plano”⁷.

“Pues resulta que ante la auténtica realidad, que es enigmática y, por tanto, terrible... el hombre reacciona segregando en la intimidad de sí mismo un mundo imaginario”⁸.

Podemos ir extrayendo implicaciones de las palabras de Ortega. Hay en los hombres una demanda vital de seguridad que, no satisfaciéndola la vida por el mero hacer su experiencia, se satisface en el terreno del pensamiento por ideas o representaciones de la realidad acordes con esa demanda. Esas ideas, dando respuesta al hombre sobre sus inquietudes y

⁵ Ortega y Gasset: *Op. cit.*, p. 20. Más adelante dice: “Las ideas nacen de la duda, es decir, en un vacío o hueco de creencia... actúan allí donde una creencias se ha roto o debilitado”, p. 27.

⁶ Ortega y Gasset: *Op. cit.*, p. 21.

⁷ Ortega y Gasset: *Op. cit.*, p. 21.

⁸ Ortega y Gasset: *Op. cit.*, pág. 32.

⁸ Ortega y Gasset: *Op. cit.*, p. 32-3.

permitiéndole su arraigo en la realidad, son cogidas por éste con firmeza, adhiere éste a ellas como un náufrago a la madera que lo auxilia, en una palabra, las toma como base, como el fundamento de su existencia, como lo que ha de permanecer siempre firme e inamovible, cierto e incuestionable. El hombre se convence de sus ideas, desaloja para ellas el examen continuo, la revisión permanente. El discernimiento y la crítica —imposibles allí— son reemplazados por el fervor y la fe. Todo ello está implícito en la siguiente tesis de Ortega: el hombre, una vez creadas por él las ideas que satisfacen su anhelo de seguridad, no las percibe ya como ideas *sobre* la realidad, sino como la realidad misma. Nos dice el español:

“De ese ensimismamiento (de la actividad intelectual) sale luego el hombre para volver a la realidad, pero ahora mirándola, como con un instrumento óptico, desde su mundo interior, desde sus ideas, algunas de las cuales se consolidaron en creencias”⁹.

“Crear en una idea significa creer que es la realidad, por tanto, dejar de verla como mera idea”¹⁰.

Más que una cuestión epistemológica hay, en la operación descrita (a saber, la actividad intelectual que ejerce el hombre ante la ambigüedad del mundo, el desmoronamiento de la certeza y la pérdida de confianza en sus primarias creencias), una actitud sentimental o emocional; el trato del hombre con las ideas que lo aseguran en la vida se establece en una dimensión afectiva. Independientemente de su verdad o falsedad, las ideas cumplen un rol importante, permitiendo al hombre el arraigo en la realidad. De allí, sin duda, la porfía a abandonarlas, aun cuando existieran motivos para ello.

“El Mundo, el Universo, no es dado al hombre: le es dada la circunstancia y todo en ella es, por sí, puro problema . . . El puro problema es la absoluta inseguridad que nos obliga a fabricarnos una seguridad. La interpretación que damos a la circunstancia, en la medida que nos convence, que la creemos, nos hace seguros, nos salva”¹¹.

⁹ Ortega y Gasset: Op. cit., p. 33.

¹⁰ Ortega y Gasset: Op. cit., p. 34.

¹¹ Ortega y Gasset: *Unas lecciones de metafísica*. Alianza Editorial, Madrid. 1966, p. 171-2.

Aun cuando en esta parte de nuestro trabajo nos hemos apoyado en las ideas de Ortega para lograr una explicación del trato inadecuado del hombre con sus ideas (que, finalmente, lo lleva a cometer violencia en su nombre), la verdad es que el autor español en ninguna parte desarrolla explícitamente todas las implicaciones que de sus juicios hemos extraído. Barrunta, proyecta, se aproxima, pero —voluntaria o involuntariamente— no pone a la vista el asunto como a nosotros nos interesaría. Sostiene, por ejemplo, Ortega que no se adhiere en forma individual a las ideas, sino que son conglomerados de personas los que se coagulan alrededor de ellas (lo que él llama “opinión pública”). Pero llega hasta allí y no relaciona lo que señala aquí con lo que nosotros hemos mostrado que señala en otros lados, es decir, lo que sigue lo deja sólo sugerido implícitamente: al no valer las ideas, en este modo peculiar de forjarlas, por su capacidad cognoscitiva sino por ser fuente de seguridad, toda crítica a ellas, todo intento de cuestionamiento, no puede sino aparecer como una amenaza a los lazos afectivos que cohesionan a quienes las suscriben. Desde aquí al desencadenamiento de la violencia en defensa de las ideas, no hay más que un paso. Ortega, por más que al relacionar uno sus ideas pueda esbozar una argumentación semejante, no pretende formular ésta de modo categórico, detallado y acabado en ninguna parte. Nos ha servido, sin embargo, como un primer peldaño en este examen nuestro de las formas de relación que puede un hombre sustentar con sus ideas. Ortega nos ha indicado ya que una de estas formas es la relación afectiva: el hombre adora sus ideas (posee convicción, cree, tiene fe en ellas) porque restituyen su seguridad, porque le permiten su arraigo sin problemas en la realidad en que está inmerso.

Pongamos ahora de modo manifiesto lo que hasta ahora sólo se ha barruntado o implicado. Digamos, pues, con Edison Otero, que

“puede afirmarse que las ideas nacen como resultado del afán intelectual de comprensión de la experiencia y que, frente a ellas, pueden adoptarse dos actitudes posibles: una reflexiva y otra sentimental.

En el primer caso, tenemos a las ideas como entidades sometibles a examen, confrontación, crítica, polémica, corrección, perfeccionamiento y hasta rechazo... En el segundo caso, nos relacionamos sentimentalmente con un conjunto de ideas, por ejemplo, una ideo-

logía política o una creencia religiosa; las ideas, en esta modalidad mental, pierden su importancia en tanto entidades intelectivas y satisfacen, en cambio, demandas de tipo irracional; por ejemplo, el sentido de la vida, el anhelo de seguridad vital¹².

Podemos contraponer, así, entre un pensamiento netamente intelectual y un pensamiento al servicio de la afectividad. Tenemos como ejemplo del primer caso, la actividad intelectual ejercida por el filósofo y el hombre de ciencia; como ejemplos de la segunda actitud, los fenómenos de la ideología y el prejuicio.

Un pensamiento siervo de la afectividad equivale a un pensamiento detenido, puesto que las ideas se tornan fijas, absolutas, sin posibilidad alguna de re-creación. No es, pues, una genuina actitud intelectual, entendiéndola como el desarrollo sistemático del pensamiento, su ejercicio libre, dinámico, continuamente móvil. Asumir sentimentalmente una idea contribuye a inmovilizarla, a considerarla sacrosanta y a no aceptar jamás desprenderse de ella. Pensamos, con Otero, que todo lo que contribuye a detener la reflexión, inhibir la crítica, desalojar el análisis, equivale, en ese mismo punto y por ello, a la negación sin más del pensamiento. Hacemos nuestro, en consecuencia, su planteamiento de que resulta esencial para la actividad intelectual

“la libertad de examen, la posibilidad del ensayo y el beneficio de la diversidad de perspectivas. La porfía característica del dogma, la ideología y el prejuicio, consistente en insistir en detener el pensamiento en unas ideas y encontrar bondad y provecho en ello, es el contrapunto exacto de los valores de movimiento y diversidad que son tan vitales a la reflexión”¹³.

Otro rasgo importante de la relación sentimental con las ideas —y que Otero pone a la vista— es la imposibilidad de comprender el fenómeno mediante las categorías de la teoría del conocimiento. En efecto, aferrándose los hombres afectivamente a sus ideas, las considerarán valiosas no porque realmente sean ciertas, sino porque satisfacen su necesidad de arraigo a la existencia. Independientemente de la verdad o falsedad de sus contenidos, las ideas convencen —en este caso— a los hombres, por-

¹² Edison Otero: *Incongruencia e Inconsecuencia*. Publicaciones CPU. Do-

cumento de Trabajo Nº 80. Marzo, 1978, pp. 9-10.

¹³ Edison Otero: Op. cit., p. 44.

que se encuentra en juego la satisfacción de demandas de carácter vital (las ideas dan un sentido a sus vidas, por ejemplo). Ello impide que los hombres vuelquen sobre ellas su pensamiento crítico, que las sometan a un detallado y constante examen. Para los hombres, las ideas a las que están sentimentalmente ligados son, sin revisión, infalibles.

En este punto, las tesis de Arthur Koestler pueden servirnos para redondear nuestra argumentación y concluir ya sobre este tema que nos hemos propuesto. El pensador húngaro sostiene también que los hombres se aseguran en conjuntos de ideas, y agrega que estos conjuntos de ideas o doctrinas, además de satisfacer necesidades irracionales del hombre dando un sentido a su existencia, satisfacen demandas igualmente vitales como el deseo de integración y participación. Para referirse a estos conjuntos de ideas, Koestler utiliza el término *sistema cerrado* de pensamiento. Y nos dice que quiere significar

“una matriz cognoscitiva, gobernada por un canon que tiene tres peculiaridades principales: primeramente, pretende representar una verdad de validez universal, capaz de explicar todo fenómeno y tener cura para todo lo que aflige al hombre. En segundo lugar, es un sistema que no puede ser refutado por medio de evidencia, porque todos los datos potencialmente peligrosos son automáticamente procesados y reinterpretados para ajustarlos al patrón debido. El procesamiento es hecho mediante sofisticados métodos de conciencia, centrados en axiomas de gran poder emotivo e indiferentes a las reglas de la lógica ordinaria; es una suerte de juego en el País de las Maravillas, realizado con aros móviles. En tercer lugar, es un sistema que invalida la crítica refiriendo el argumento a la motivación subjetiva del crítico, y deduciendo su motivación de los axiomas del sistema mismo”¹⁴.

Así, pues, con la expresión *sistema cerrado* de pensamiento y señalando las características de esas doctrinas cerradas, Koestler da fuerza al argumento de que los hombres, según la relación que mantengan con sus ideas, se verán inducidos por éstas a determinados comportamientos. Los hombres, buscando la satisfacción de sus vitales anhelos de seguri-

¹⁴ Arthur Koestler: *The Ghost in the Machine*. Picador Edition. Pan Books,

London, 1975. Part. XV, p. 263.

dad, implicación y participación, adhieren a ideas que, entonces, conforman sistemas o doctrinas cerrados, y que se caracterizan por las siguientes determinaciones: en primer lugar, su afán de explicarlo, abarcarlo, resolverlo todo; cuánto ataña al individuo y a la sociedad tiene una respuesta sin salir del círculo del sistema; en segundo lugar, su pretensión de infalibilidad: las ideas contienen la verdad absoluta, son irrefutables: en tercer lugar, y consecuentemente con lo anterior, el sistema cerrado no acepta la crítica o el cuestionamiento de sus sacras categorías, contiene como rasgo capital la indiscutibilidad del dogma; en cuarto lugar, la adhesión al sistema implica la inhibición del ejercicio reflexivo y crítico, por cuanto el hombre ligado de modo sentimental con sus ideas no las revisa, no las somete a análisis, examina la realidad desde la óptica conformada por ellas y procede sin más según su dictados; en quinto lugar, la pretensión de certeza absoluta de la doctrina lleva al adherente a desalojar las doctrinas alternativas como falsas, a obstaculizar todo contacto o diálogo con personas de ideas diferentes y, no es poco común, a ejercer violencia contra ellas para instalar sus propios conceptos.

De la mano de las tesis de Koestler llegamos, así, al punto que importa: la ligazón entre pensamiento y violencia. Y podemos percibir que el pensamiento que suscita la violencia es el pensamiento al servicio de la afectividad. Son las ideas con las que el hombre mantiene un contacto sentimental, las que pueden generar en él una conducta agresiva. Todavía más: los hombres que mantienen este tipo de contacto con sus ideas (los adherentes a un *sistema cerrado*, es lo mismo) deforman la realidad cuando ésta muestra hechos que las contradicen. El hombre del dogma, el hombre del prejuicio, el fanático de la ideología, todos ellos poseen un mecanismo mental de censura que cierra el acceso a toda argumentación o a toda percepción de un hecho que vaya en contra de lo que su pensamiento sostiene. Para Koestler, por esto, el comportamiento del adherente a un *sistema cerrado* es un comportamiento neurótico, es decir, de quién mantiene “un contacto defectuoso con la realidad”¹⁵. Ahora bien, por coagular en torno de sí, los *sistemas cerrados*, enormes cantidades de adherentes y, además, porque todos ellos están convencidos de la justicia y absoluta verdad de sus concepciones, es que no se hace esperar la violencia en nombre de ellos. Para el intelectual húngaro, todos los grandes actos de violencia desatada en la historia de la humanidad han sido realizados impulsados por ideas y principios considerados incuestionables. Rudamente señala:

¹⁵ Arthur Koestler: *El Rastro del Dinosaurio*, Emecé, 1957.

“El número de víctimas de ladrones, bandoleros, violadores, gangsters y otros criminales, en cualquier período de la historia, es omitible comparado con las cantidades masivas de aquellos alegremente muertos en el nombre de la religión verdadera, la política justa o la correcta ideología”¹⁶.

Podemos ya intentar una conclusión de este asunto que nos hemos propuesto investigar: el pensamiento, en nuestra época, como *funcionario de la violencia*. De acuerdo a los autores examinados, existe en el hombre una necesidad vital de seguridad¹⁷ (Koestler agrega a ella otra demanda vital: la de compromiso y participación). Esta necesidad se satisface adhiriendo a ideas que entregan significado a la existencia y responden cuestiones vitales. Por otra parte, los hombres pueden relacionarse con sus ideas de dos maneras posibles: o intelectual o sentimentalmente y, en la mayoría de los casos, es la segunda la manera cómo se relacionan con estas ideas que satisfacen sus deseos existenciales de seguridad. Vinculados así con las creaturas de su pensamiento, éste —en lo que se refiere a análisis de ellas, re-examen o confrontación— se detiene, pierde el dinamismo y la agilidad propios, y se constituye como una reflexión inmóvil, petrificada, marmórea. Una vez detenidas las categorías y aceptadas como firmes e irremovibles, pretenden una infalibilidad y una universalidad que llevan al hombre que las sostiene a desalojar las categorías contrarias o divergentes como falsas, a no tolerar cuestionamiento de las propias y a no vacilar en tratar de instalarlas y defenderlas en todas partes, con violencia incluso si es preciso.

Este es el camino recorrido y que nos lleva a descubrir que la actividad reflexiva que termina induciendo la violencia, es una que no ha cumplido con los requisitos esenciales de todo genuino trabajo intelectual.

El hombre piensa, y fruto de su pensamiento son las ideas. Pero con ello no está terminado el esfuerzo intelectual. Las ideas tienen como finalidad comprender la experiencia, y el pensador, el hombre que las ha forjado, debe saberlas así: como intentos de aprehender la realidad, como expresiones tentativas de un pensamiento que busca explicaciones y respuestas, no como entidades sacrosantas que una vez elaboradas quedan firmes eternamente. Sobre todo en una realidad como la nuestra, ca-

¹⁶ Arthur Koestler: *The Ghost in the Machine*, p. 234.

¹⁷ Esta idea no es patrimonio exclusivo de los autores examinados aquí. Muchos otros pensadores la han trabajado. En

nuestro propio medio, además de Otero, el profesor Juan Rivano elaboró en torno de ella, hace algunos años, unas importantes reflexiones: *Desde la Religión al Humanismo* (1965).

racterizada por cambios veloces y profundos, las ideas deben surgir con esa capacidad de re-creación continua, de permeabilidad a los hechos venideros, deben surgir con la exigencia de sistemática revisión, de constante crítica. Todo esto constituye lo genuino, valioso y fructífero de la actividad intelectual; este alejarse las ideas de ser meras creencias dogmáticas, su tránsito continuo —y sin alteración por parte del pensador— desde la vigencia a la obsolescencia es, pues, propiedad esencial del ejercicio serio y libre del pensamiento.

Cuando un sistema de pensamiento no se abre a la confrontación e intercambio de ideas, está muy cercano a convertirse en ‘gatillo disparador’ de violencia. Cuando se detiene el pensamiento, cuando es inmoviliza la reflexión (entendiendo por ésta lo que ya señalamos más atrás), la violencia está pronta a asomar.

La reflexión paralizada es lo contrario del verdadero trabajo intelectual, filosófico. El pensamiento que busca comprender limpiamente, examinando serena y continuamente sus creaturas y las del pensamiento ajeno, es el único que puede forjar la senda que conduzca a solucionar muchos de los dramas de nuestro tiempo. Dicho con palabras de uno de los más grandes representantes de la genuina actividad intelectual, Albert Camus:

“Cuando la violencia responde a la violencia en un delirio que exagera y hace imposible el lenguaje sencillo de la razón, el papel de los intelectuales no puede ser, como se lee todos los días, el de disculpar desde lejos una de las violencias condenando a la otra, lo que tiene como efecto doble el de indignar hasta el furor al violento condenado y el animar a una violencia mayor al violento indulgenciado. Si los intelectuales no van a unirse con los mismos combatientes, su papel debe ser únicamente el de trabajar en el sentido del apaciguamiento para dar sus oportunidades a la razón . . . , el de aclarar las definiciones para desintoxicar los espíritus y apaciguar los fanatismos, haciéndolo incluso contra la corriente”¹⁸.

Santiago, mayo, 1979.

¹⁸ Citado por Otero como epígrafe a su ensayo “El tema de la violencia y sus

implicaciones para la filosofía”, en *La Violencia y sus Máscaras*.